—A éste,—advirtió Félix, señalando á su hermano con un guiño del ojo izquierdo,—le ha picado también la tarántula de los quereres, según parece.

—¡Hola, hola!—dijo Serra en son de broma y mirando á Basilio, que continuaba en su baile. —¿Esas tenemos?

—¡Toño!—masculló Basilio, muy mal humorado.—A mí no me gustan bromitas, ¿eh? A ver tú, Félix, si te hago bromear yo con tus narices. ¡Cascajo!

No pasó de aquí la cosa, porque todos conocían el mal genio de Basilio, que á todos daba miedo, y las bromitas volvieron á dirigirse al pobre Quico, que era quien cargaba siempre con los platos rotos. Pero tampoco encontrábase el tonto de muy buen humor aquella tarde; volvía á sentir el malestar que le obligó á retirarse de la viña y la constante danza aumentábaselo considerablemente. Así que á las bromas contestaba mal, no contentándose con el par de «halas» de otras veces.

—Vamos, Quiquet,—decíale Félix;—cuéntanos todo eso de Teresita. A todos nos tienes rabiando por saber cómo te las arreglaste

para conquistarla. Porque, chico, lo que es tu cara....

—¡Hala!—gruñía el tonto.—Yo....bromas no.... ¡Brutos!....¡Hala!

—No te enfades, hombre, no te enfades, —añadió otro.—Cuéntanos eso, que á nadie se lo iremos á decir.

—¡Brutos!—repetía Quico con más enojo —Yo no quiero....bromitas....¡Hala!.... ¡Brutos!

Lo que no acostumbraba á hacer nunca Ramón Serra lo hizo aquel día: bromear también á costa de su dependiente.

—Mira, Quico,—le dijo jovialmente,—después de todo no haces nada malo en entenderte con Teresa. ¡Si yo estuviera en tu lugar!....¿Y piensas casarte con ella?

No contestó el tonto á su amo, porque éste le inspiraba respeto; pero demostraba mayor enojo por las bromas de Mon que por las de los otros. Acaso la falta de costumbre....Porque Mon trató siempre al tonto con mucho cariño y nunca le molestaba con las impertinencias usadas por casi todos los villerenses.

Ocupábanse los cinco mozos en apartar

las uvas ya perfectamente exprimidas, para levantar algunas tablas y ver hasta dónde subía el zumo del fondo del «cup». Basilio mandó á los dos payeses que ayudaban en la faena de pisotear que fueran en busca de los «samalés», dos largos palos, para medir el vino que en el fondo comenzaba ya á fermentar. Quedáronse en el «cup» los dos Ramonclá, Mon y Quico. Por las tablas levantadas, escapábase un hálito mal oliente y axficiante.

Basilio dijo:

—Empalmando los dos «samalés», atados por las puntas, podremos llegar al fondo y saber, poco más ó menos, la medida.

—Miró Mon hacia abajo por el hueco que habían dejado abierto las tablas levantadas, y dijo:

—Mucho vino hay aquí ..¡Y el que falta todavía! No se ha recogido aun ni la cuarta parte de la Viñada.

Los dos payeses que habían ido por los «samalés» tardaban en llegar. Quico, cerca del hueco que descubría el fondo del «cup», aguantaba, no sin esfuerzos grandes, las bromas de Félix y el jorobadito, que se encontraba de un humor verdaderamente envidiable. Habíase retirado ya el sol y el «cup» comenzaba á envolverse en sombras.

Félix, acercándose á Quico por la espalda, metióle entre cuerpo y camisa un puñado de pellejos de uva. El tonto se exasperó, llenando de insultos al pequeño Ramonclá y haciendo tales muecas, que hasta Basilio hubo de reirse, aunque de risa no tenía gana alguna.

—Parece un mico, —dijo Mon, riéndose como un bendito.—¡Anda, que si Teresita te viera así!.....

Quico, ya completamente perdida la paciencia, volvióse hacia su amo con rabia. Por los ojos despedía fuego y sus dientes se apretaban con fuerza. Pareció que iba á echarse sobre Mon, según la furia con que dió la media vuelta.

—Yo,—masculló sañudamente,—no tonto....Tú....tú tonto....Yo mico no.... Tu ca.....Ama y señor Perico... entienden.....Tú ca....

Terminó la ofensiva palabra, que recibió Serra pálido, ya sin risa, serio como una estátua funeral.

Basilio y Félix miraron al infeliz jorobeta con lástima. Acaso ya sospechaban algo da «aquello». Quico seguía hablando y soltando veneno:

—Yo mico... ¡Hala!... Tonto tú..... Tú....

Y llevándose la diestra mano á la frente, hizo una señal muy expresiva.

Sintió Mon que la sangre le subía á la cara y que algo muy molesto le tapaba los ojos, cegándole. Le entraron deseos irresistibles de pegar á alguien y pegó á Quico. Cayó la mano de Mon sobre la cara achatada del pobre tonto con fuerza tal, que el abofeteado, perdiendo el equilibrio y lanzando un grito, dió un paso atrás y su pie derecho hundióse en el hueco abierto por las tablas levantadas, marchando tras el pie todo el cuerpo. Oyóse un «chaf» en el fondo, que heló la sangre de los tres hombres que arriba quedaban. Quico daba gritos horribles:

—¡Toño, pronto una cuerda!—gritó Basilio, sin saber á dónde encaminar sus pasos.

Llegaban los otros dos mozos con los «samalés» á tiempo que Félix, horrorizado, salía del «cup» gritando también:

—¡Una cuerda! ¡Una cuerda! ¡Quico se ha caído al fondo del «cup»!

Mon, quieto, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo y la cara blanca como la nieve, miraba el hueco por donde había desaparecido Quico, con ojos estúpidos.

Basilio soltaba «toños» y «cascajos», pidiendo á gritos la cuerda. Vió las cuatro que pendían del techo y gritó á los dos mozos y á Mon, señalándolas:

—¡Ea, aquí! ¡Todos de un tirón! ¡Aup!

Tiraron los cuatro con fuerza de una de las cuerdas y ésta se desprendió. Igual hicieron con las otras tres. Quico seguía dando gritos desde el fondo del «cup».

Amarraron las cuatro cuerdas con fuertes nudos.

—¿Y quién baja?—preguntó uno de los payeses con recelo.

—¡Yo, toño!—dijo Basilio—¡Amarradme!

Pasáronle el extremo de la cuerda por debajo de los sobacos, y fuertemente amarrado, Basilio se acercó al hueco.

—¡A ver si también me dejáis caer á mi, toño! ¡La hacíais buena!

No se oían ya los gritos de Quico.

—Habrá muerto axficiado,—dijo Basilio.—Veremos....Pero, necesito luz; aquí no se ve.

—Baja y encenderemos fósforos,—advirtió otro de los payeses—¿Tiene usted fosforos, Mon?

El jorobado buscó presuroso en sus bolsillos, encontrando lo que se le pedía.

—¡Ojo!—gritó Basilio —¡Arriadme!

Preparáronse los otros y Basilio dejóse bajar al fondo. La presión que la cuerda le hacía debajo los brazos le molestaba mucho y el fuerte olor á vino nuevo dificultábale la respiración.

—¡Pronto, luz!—gritó.

Arriba encendieron un fósforo y el ancho pozo se alumbró débilmente. Bajo los pies de Basilio, veíase el líquido, morado y espeso. Parecía un lago de chocolate. En la superficie, flotaban algunos pellejos de uva. El pobre Quico no se veía por parte alguna.

—¡Subidme!....¡Pronto!—gritó Basilio con fatiga.—¡Me ahogo!

Subiéronle con trabajo, pues Basilio era muy buen mozo y pesaba bastante. Al llegar á arriba, tenía los ojos inyectados y su respiración era anhelosa, cansada.

—Si no me sacan pronto, me muero,—dijo angustiosamente y entre resuellos.—A ese se le puede rezar un Padre Nuestro. Ha muerto ya.

Estaban allí, además de los payeses y Mon, Dolores, Félix, Francisca y Lolita. Todos callaron. La muerte pesaba sobre ellos con su misterio terrible. Un payés, que alumbraba cerca del hueco, sacudió los dedos, porque el fósforo se había acabado y comenzaba á calentarse las uñas. Quedóse á oscuras el «cup», y cuando el payés encendió otra cerilla, Mon, el inconsciente homicida, había desaparecido.

—Se cayó....no sé cómo....nadie lo sabe,—murmuró Basilio.—Pero debemos sacarle del «cup» pronto, en seguida.

Pensóse en la manera de sacar el cuerpo del infeliz Quico del fondo del «cup». Basilio se negaba á descender otra vez, porque temía axficiarse.

—Esto se puede hacer para salvar una vida,—dijo;—pero yo no me expongo sólo por pescar á un muerto. A ver: que traigan

cuerdas largas y mucha luz Que se aten también muy fuertes los «samalés»..... ¡Pronto, cascajo! No dormirse.

Buscaronse cuerdas largas y luz. Basilio, viendo que su madre, Francisca y Lola continuaban en el «cup», mudas y asustadas, las dijo:

—Aquí no hacen falta mujeres. Váyanse ustedes y recen por el muerto.

Fuéronse las mujeres, y los hombres preparáronse para llevar á cabo la horripilante pesca. Hízose de la larga cuerda una gran lazada y acercáronse todos al hueco, que ya era mirado por todos con supersticioso terror. Basilio mandó atar el candil con que se alumbraban al extremo de otra cuerda, para que se pudiera bajar hasta muy cerca de donde llegaba el vino. Esta operación llevóse á cabo con muy poco tiempo.

El fondo del «cup» fué alumbrado. Vióse la superficie rojiza, amoratada, sobre la que nadaban pellejos de uva. Y también vióse sobresalir la extremidad de unas piernas desnudas, llenas de bello pegado á la carne por la humedad.

—¡Toño!—dijo Basilio.—Ahí está. ¡Venga la cuerda!

Se la dieron. Aseguróse el mozo de que el lazo corría bien, y con habilidad y tino enlazó los pies del muerto.

—¡Arriba!—gritó.

Comenzaron á tirar de la cuerda y, en el fondo, comenzó á bullir el zumo fermentado. La cuerda raspaba el borde de las tablas, gruñía. La ascención fué hecha entre un silencio absoluto, triste, que recordaba lo oscuro de los crespones. El payés que sostenía la cuerda en cuyo extremo estaba atado el candil, temblaba.

Salieron primero los pies, luego las rodillas, donde las perneras del pantalón estaban amarradas.... Caía al fondo un lagrimeo parecido al que caía también cuando los mozos pisoteaban los racimos.

Al fin, el cuerpo del infeliz Quico fué extendido sobre las tablas. El muerto tenía el vientre notablemente abultado, los brazos extendidos en cruz y toda su ropa rezumaba vino. En uno de sus ojos, abiertos de par en par, se había pegado un pellejo de uva, que le daba la expresión de un guiño siniestro. Por las narices aplastadas y las comisuras de los labios entreabiertos y de un color

entre morado y negro, salían hilos de vino sucio, espeso.

—Y ahora ¿qué hacemos?—preguntó Félix, mirando el cadáver de zoslayo, con repugnancia y miedo.

—¿Qué hacemos?—repitió Basilio con decisión —¡Toño! Traed pronto una mula, y á Villera nos llevamos al muerto.

Trajeron la mula, y el cadávér, envuelto en una manta, tapado desde los pies á la cabeza, se ató sobre el lomo de la bestia fuertemente, emprendiéndose la marcha en seguida. Habían llegado de la viña Juan Ramonclá, el viejo «masober» y algunos vendimiadores. Basilio, llevándose aparte á su padre y á Félix, les dijo:

—Ramón Serra tiene la culpa de todo. Pero conviene callar. El pobre Mon hizo lo que hizo sin darse cuenta de nada. Si pregunta la justicia, se dice que Quico resbaló y cayó al «cup», sin que nadie pudiera evitar la desgracia.

Guiaba la mula uno de los mozos que habían ayudado á sacar el cadáver del «cup». Detrás, iban los Ramonclá, Antón y un grupo de hombres y mujeres de los que trabajaban en la vendimia.

Se hablaba en voz muy baja, y los payeses que se encontraban de regreso de sus viñas con la fúnebre comitiva, deteníanse y preguntaban curiosos.

Todos los que creían estar enterados de lo ocurrido apresurábanse á dar explicaciones cumplidas del desgraciado accidente.

—Es Quico Amorós el que llevan cargado en la mula,—decía uno.—Se ha caído en el «cup» de los Ramonclá y se ha ahogado.

—¿Sabéis cómo fué—añadió otro.—Pues fué que las tablas no estaban bien unidas y algunas cayeron al fondo con el peso de los «pisadores».

—¡Que no fué así!—advertía un tercero.—Yo estoy bien enterado. Quico, que estaba borracho, comenzó á bailotear en el «cup», estando algunas tablas levantadas, y se fué de cabeza.

Todo esto se murmuraba con voz queda, aumentando el susurro según se iban uniendo á la comitiva más y más payeses Eran ya muchos y todos iban detrás, con sus cestas al brazo y al hombro las herramientas. Algunos chavalillos acercábanse á la mula, mirando con curiosidad miedosa el bulto

uniforme que sobre los lomos de la bestia iba cargado.

La noche, cerrada ya por completo, abría en el cielo sus brillantes ojos. Veíanse las blancas casas de Villera, y entre ellas, perdidas, algunas luces. Sonaron las melancólicas campanadas del Ave María, y todos los payeses se descubrieron para rezar la oración de la noche.

Lejanas, confusas, se oían las canciones de los payeses rezagados, que sonreían á las viñas, pródigas aquel año, sin pensar ante la muerte que entre ellas caminaba seguida de rezos.

Los del cortejo, con las barretinas en la mano y caída sobre el pecho la cabeza, seguían la cantinela de Antón, el «masober» de los Ramonclá, que recitaba: «Dios te salve, María; llena eres de gracia ....»

—«Santa María madre de Dios....» —susurraban los otros.

Y la luna, perdida en lo alto entre gasas sombrías, sonreíase burlona.

XVI

Don Enrique Llosas González y Perico Ramonclá llegaron á Villera con muchas ilusiones en la maleta. Llosas confiaba en Perico para el triunfo de su candidatura. Para el catedrático de Derecho Civil, ser diputado era tanto como ser dichoso. Don Fernando Moura, Director de EL DIARIO, había dicho á Ramonclá:

—Haga usted cuanto le sea posible para que triunfe la candidatura de Llosas. Los votos de Villera los tiene usted seguros y en los otros pueblos vecinos al suyo se puede trabajar y salir triunfante. Llosas es un buen amigo y debemos ayudarle.

Perico no perdió tiempo. Avisó al Alcalde de Villera, y Ramón Serra, aunque tenía sobrados motivos para aborrecer á Ra-